

dos en agudos y elegantes doseletes y en agujillas finas, y en los que se apoya el maravilloso juego de arbotantes tenuísimos que soportan el ábside, como brazos delicados que sostienen una joya con la punta de los dedos.

Este exterior de *Notre-Dame* es una maravilla.

Bajo á tierra para pasar media hora encantado en torno de la catedral y por fin me hundo en la *rue Rivoli* y en la *avenue de l'Opéra* que me aturden, para meterme, buscando un poco de silencio, en el *Hôtel des Deux Mondes* en que me alojo, situado en esta última.

Es inútil huir de la calle si se vive en el centro de París; ella se nos mete por la ventana; la estoy sintiendo redoblar en la mía como un tambor muy grande, mientras yo trazo esta mancha de color. Si la encuentras un poco deshilvanada, inquieta, chillona acaso, no me echés toda la culpa; el original no se está quieto un instante: es París que hierve al sol.

LONDRES

No estaba indicada, como tú sabes, en mi itinerario de viaje, una visita á esta ciudad.

¿Porqué? Francamente no se me ocurre.

Estando en París, ¿qué viagero del continente europeo puede dejar de asomarse siquiera á este otro pequeño continente separado de aquél, más aún que por el Paso de Calais, por tantos rasgos morales que le imprimen carácter? Eso es lo que hago yo: me asomo sólo un momento á esta capital, y muy poco podré decirte de ella que no sea muy fugaz.

Siete horas y media de viaje separan á París de Londres. Buenos ferro-carriles; detestables vapores.

Almorcé tranquilamente en París, y, á las siete de la tarde, ocupaba mi butaca en el teatro *Covent Garden* de Londres en que se cantaba *Carmen* en francés ante la alta sociedad inglesa allí congregada... España, Francia é Inglaterra: un lio.

Cruzamos el canal entre *Boulogne-sur-Mer* y *Folkestone* : hora y tres cuartos de mar.

Y sin embargo, al encontrarme en el centro del Paso de *Calais*; cuando, apenas perdida en el horizonte la costa francesa en que Napoleón soñaba un día en la travesía que Trafalgar hizo imposible, veía yo aparecer en el otro horizonte la costa inglesa, me parecía hacer un largo viaje.

¡Está tan lejos Inglaterra de Francia!

Porque esa distancia se recorra en poco tiempo ¿deja de estar más lejos París de Londres, que Montevideo de Méjico?

Yo he atravesado nuestra América Meridional, de Este á Oeste, al través de los Andes y de las pampas argentinas : seis días á lomo de mula, y seis en aquellas diligencias de imperecedera memoria, desalojadas hoy por el ferro-carril. Aún me parece sentir el zangoloteo de la mula de paso monótono como el movimiento de una criba; recuerdo las noches estrelladas de los Andes pasadas al raso, envuelto en mi poncho; las madrugadas en que nuestros arrieros recogían y cargaban las mulas que yo veía como grandes bultos en la semi-obscuridad al incorporarme en mi cama de cueros de carnero; oigo el cencerro de la yegua que las precedía mientras nosotros nos calzábamos unas botas grandes y duras, ¡malditas botas! que, al comenzar el viaje, nos daban aires de conquistadores, y después nos los daban de condenados á muerte.

Los Andes estaban acostados al rededor nuestro por todos partes sobre los horizontes; parecían gigantes dormidos echados de espaldas, más ó menos ventrudos. El uno sacaba el codo, el otro alzaba las rodillas, el otro se desperezaba incorporándose más allá en la sombra como si soñara. Seis días andábamos entre montañas con nieve ó sin ella.

Después salíamos al llano. Recuerdo el rodar sin fin de la diligencia á través de la llanura polvorosa. Y rodaba, rodaba, rodaba. Una manga inmensa de langosta hervía entonces en aquellos campos; la tierra estaba en ebullición, salpicaba el aire; parecía una alfombra verde, negra y amarilla que se deslizaba lentamente. Uno que otro árbol, desnudo, rapado por el insecto, retorcia de vez en cuando sus ramas negras sobre el cielo sin límites. Aquellas llanuras parecían elásticas; se alargaban aplanándose cada vez más.

Y llegábamos por fin, después de cuatro ó cinco días, á la cuenca de los grandes ríos, al Paraná, al espléndido soberano del que han huido los Andes y las montañas atlánticas para no parecer pequeños á su lado, ó para abrirle amplio camino hacia el mar.

Y el viaje después por el espléndido río; sus noches de nacar con luz de luna; su marcha hacia el sur en busca de nuestro Uruguay; y el desposorio de este con el Paraná que engendra el Plata allá en las costas de la Patria, hermosas como leyendas. Y la travesía del Plata por fin. Y por fin la Patria llena de los ensueños de la primera juventud.

Era un viaje de centenares de leguas y era, sin embargo, un viaje en casa.

La villa de los Andes, y Santiago de Chile, que había dejado á mi espalda detrás de las montañas, me salían al encuentro en Mendoza, en Buenos Aires ó en Montevideo; el arriero chileno que me acompañaba por la cordillera reaparecía, con pequeñas variantes, en el mayoral ó cuarteador de la diligencia que me esperaba en Mendoza. Lengua, costumbres, tipos, vicios y virtudes, todo era lo mismo. Allí las fronteras de los distintos pueblos son trazadas sólo por la distancia, por la inmensa extensión que hace imposible la unidad política, é hizo independientes las distintas naciones hispano-americanas á pesar de constituir una misma familia.

No serán muchos los pueblos de nuestra América española cuya independencia tenga, como nuestra República del Uruguay, una razón de ser que no sea la distancia. El Uruguay tenía que ser independiente y constituir una nación aparte por razones más fundamentales. Porque de la República Argentina, á la que nos unía la raza, la lengua, la tradición del virreynato, nos separaban causas etnológicas: la cuenca del Plata y de sus grandes tributarios; y del Brasil, al que nos unía la formación geológica, nos separaban causas morales: la lengua, la tradición y las costumbres españolas. De ahí la formación inevitable é inquebrantable de nuestro Uruguay, la ley irrevocable de su gloriosa autonomía, los esfuerzos legenda-

rios de sus héroes instintivos, y el alto significado y la grandeza de nuestra nacionalidad, á pesar de su pequeña extensión territorial con relación á las otras naciones americanas.

Eso, unido á su situación geográfica, imprime á la República del Uruguay un carácter propio muy especial. Dueña de la margen oriental del Plata y de su espléndida entrada por el Atlántico; con un hermoso territorio en la zona templada capaz de contener veinte millones de habitantes de raza caucásica con menor densidad que la Bélgica; y con una ley secular de existencia, fundada en principios étnicos y sociológicos superiores á la voluntad de los hombres, es como un eje inquebrantable en torno del cual me parece ver girar los misterios del porvenir en nuestra América. Pertenece nuestra tierra á la formación geológica atlántica; somos, pues, atlánticos por influencia étnica. Formamos parte, en cambio, de las naciones andinas bajo el punto de vista histórico. No somos, pues, ni de unos, ni de otros. *Somos porque somos.*

Unido á y separado de sus hermanos, el Uruguay no despertará celos, porque no amenaza; no despertará codicias por que no puede, y no quiere, por consiguiente, fundirse. Es, pues, naturalmente, el árbitro de paz y fraternidad en la gran familia ibero-americana en un porvenir acaso no remoto.

¿Fué eso lo que quiso decir nuestro grande Artigas cuando nos legó, escrita en nuestro primer escudo, aquella cifra profética: *Con libertad, ni ofendo ni temo?*

Todo eso no obsta, sin embargo, á que, al cruzarse la extensión en nuestra América, nuestro país esté incluido en la comunidad de rasgos exteriores, de raza, de lengua, de costumbres, que se hallan en toda la América española. Desde Santiago de Chile hasta Montevideo, no se pasa una sola frontera moral.

¡Pero aquí en Europa! ¡Qué sorpresas á cada paso! ¡Qué tormentas en un vaso de agua! ¡Qué cambios de decoraciones y de almas en unas cuantas horas, y á tiro de fusil!

Atravesar el canal de la Mancha es pasar á otro planeta : lengua, carácter, tipos, costumbres, tradiciones : todo separa á estos dos grandes rivales.

Y no es ciertamente un planeta muerto el que cruzamos en ferro-carril de Folkestone á Londres ; no fué la Albión nebulosa y fría de que nos han hablado, la que me recibió en la orilla occidental del canal. Llegábamos en un radiante día de verano : los campos parecían pieles vivas en que circulaba la savia verde ; el sol teñía el suelo ; las sombras frescas y transparentes se recortaban en él azuladas.

Por las distintas propiedades, limitadas por lujuriantes arbolados y subdivididas por verjas de madera, se ven andar á paso lento y grave de digestión deleitosa, los olímpicos toros aristocráticos, de ilustre estirpe y sangre azul, casi sin patas y hasta casi sin huesos, cuadrados, mofletudos. Andan también por allí los carneros no menos lina-

judos, principes redondos, guardianes de la dinastía, especie de caracoles de lana que se mueven sin verse el movimiento de las patas ; que miran sin ojos, pues estos están en el fondo de las tupidas greñas de la cabeza. Parece que la lanuda piel es demasiado grande para sus cuerpos, y se les arruga al rededor del cuello y en las narices. Las pobres ovejas que los rodean ó los siguen están ya esquiladas ; y así, despojadas de su vellón, parecen hermosuras rapadas, escualidas, que, expuestas á la pública ignominia en su amarilla desnudez, estiran el pescuezo en ademán de disponerse á echar á correr, y miran con ojos entre asombrados y afligidos que hacen reír.

Vamos llegando á Londres. El tren, durante largo tiempo, vuela, al parecer, sobre las copas de los árboles, sobre los tejados, sobre las puntas de millares de chimeneas de pequeñas casas que se ven en un plano mas bajo que el que recorremos.

Una estación : bullicio, estrépito, viajeros que suben y bajan en un segundo, portezuelas que se cierran, gritos premiosos, ruido de marea, vapor que chilla comprimido en las locomotoras impacientes, silbidos de máquinas que pasan, humo que sale de las chimeneas y recorre el techo de hierro de la estación.

Nuestro tren sigue : nosotros vamos á la estación central, á *Charing Cross*. Las casas van tomando aspecto más grande ; la arboleda es menos tupida. Atravesamos un puente, otro y otro después ; bajo

de ellos se ven calles en todas direcciones, y todas llenas de gente. Cinco, diez, cuarenta trenes que corren en dirección opuesta á la nuestra cruzan á nuestro lado lanzándonos un soprido que parece una bofetada que no ha llegado á la cara. Nuestros compañeros de viaje comienzan á cambiar sus gorras de paño por sus sombreros de copa; ajustan las correas de sus maletas ó de sus sombrereras; descuelgan sus bastones; se ponen de pié estirando las piernas ó sacudiéndolas en el aire para que los pantalones recobren su posición natural.

¡ *Charing Cross!* ¡ *Charing Cross!*
Hemos llegado.

Bajo del tren atolondrado y desorientado.

¡ Qué mal hablan los ingleses el inglés! Cuando menos, este que estoy oyendo aquí no es el que yo conozco.

No entiendo ni jota.

¡ Y para esto he estudiado yo año y medio la lengua de Shakespeare!

Y lo que es peor es que tampoco me entienden gran cosa.

Por fin, un cochero caritativo me ha hecho el favor de comprenderme desde la alta culata de su coche desde donde guia por elevación su caballo, y estamos en camino del hotel.

Me voy riendo de mi mismo.

Mucho estoy desconfiando de mi nueva lengua recién aprendida ó á medio aprender.

¡ Como no haga yo alguna barbaridad en inglés

LOURDES

No me he olvidado de que me encargaste especialmente una larga carta de Lourdes.

Ya que yo no puedo ir, me decias, escribeme desde la gruta, desde cerca de la Virgen; tráeme agua de la fuente, musgo de la roca.

Aunque sea necesario retardar mi regreso, te escribiré, si, desde aquí: es preciso que vaya esta carta impregnada de este aire. Guárdala, porque á mi vuelta me gustará leerla. Te envío también algunas hojas de musgo de la roca de Massabielle que he arrancado personalmente á hurtadillas y violando la ley.

Tengo sin embargo que confesarte algo que te sorprenderá: ¿ Quieres creer que vine á Lourdes con poco empeño, casi con tibieza?

No me regañes por ello.

No era que no tuviera vivo deseo de conocer esto: es que habia rodado vertiginosamente durante mucho tiempo al través de Europa; es que, al día si-

guiente de volver de Londres, había hecho el pesado viaje de 13 horas de París á Burdeos en un día canicular; y, después de mal dormir en esta última ciudad dos ó tres horas, había reanudado la marcha á las siete de la mañana siguiente para llegar á Lourdes á mediodía.

La atmósfera estaba pesada; con esa pesadez que precede á las tempestades de verano.

Sueño, calor, polvo; en fin: me acercaba á Lourdes con el espíritu indiferente, amodorrado: la carne lo ahogaba.

La corriente del río Gave, que es muy hermoso, había salido á nuestro encuentro desde los lejanos Pirineos; el tren corría á lo largo de sus orillas. Y yo, soñoliento, muellemente recostado en los almohadones, miraba sin ver.

En la estación de Pau, que está á una hora de Lourdes, sube á nuestro coche, con dificultad, un ciego acompañado de su hija. Se sienta, y se queda inmóvil con la cabeza inclinada. En el andén, que miro desde la ventanilla, aún no del todo despierto, la gente abre paso á dos hombres que, en una silla de mans, conducen á una mujer que suben á un wagon de segunda. Otra mujer joven, que fué hermosa, y que hoy tiene color de cera, camina lenta y fatigosamente, apoyada en el brazo de su marido: tose debilmente, con esa tos sin sonido como fragmentos de soplo que se escapa; su cabeza pálida se balancea sobre los hombros: parece colgada del cuello. Sube á otro coche.

¿Qué es esto? me dije despertando.

Sólo entonces ¡bárbaro de mí! empecé á darme cuenta intensa de que estábamos cerca de Lourdes.

El dolor humano anunciaba la proximidad de la que la Iglesia llama *consolatrix afflictorum*.

Aquel ciego inmóvil sentado frente á mí iba, sin duda alguna, á pedir luz para sus ojos á la Virgen; aire para sus pulmones iba á pedirle la pobre tísica en plena juventud; vida la parálitica que había pasado por el andén llevada en hombros.

Yo no esperaba presenciar esos cuadros, francamente, en una visita de cuarenta y ocho horas. Se me había dicho, por otra parte, que llegaría á Lourdes en la época de menos concurrencia; que no hallaría peregrinaciones importantes...

El hecho es que, en Pau, yo sentí algo raro: ya no tenía sueño.

Empecé á mirar el horizonte intensamente.

Los altos Pirineos, que antes se veían á lo lejos como una nube, toman cuerpo pasado Pau; van saliendo rápidamente del fondo de las medias tintas, y detallándose. Las montañas se proyectan las unas sobre las otras, determinando planos diferentes. Brotan, por fin, claros y precisos los contrafuertes inferiores de la cordillera que van á perderse en la llanura.

¡Lourdes! El tren pasa rápido por la orilla derecha del Gave buscando su estación en el otro extremo de la villa cuyo antiguo castillo se alza en una eminencia. Del otro lado del río, frente á nosotros, y sobre un pequeño cerro que llega casi

hasta la misma orilla de aquél, se levanta, proyectándose sobre el cerro de más atrás cubierto de vegetación, una blanca iglesia de torre puntiaguda. Las campanas sonaban. Debajo de la basilica se ve la roca tapizada de verdura en que aquélla se asienta: *la roca de Massabielle*. Entre los árboles se distinguen algunos puntos blancos. Allí, entre estos, está la gruta, la fuente, la Virgen, el misterio; la esperanza de ese ciego que se ha levantado á mi lado y saca la cabeza por la ventanilla al hacerle saber que estamos en Lourdes. ¡El pobre mira..... mira sus tinieblas!

Al hotel, pués, á almorzar rápidamente, y, en seguida, á la gruta.

¿Qué importa esa tempestad de verano que gruñe en su nube pesada y cenicienta, y empieza ya á dejar caer sus grandes gotas de agua que parecen estallar en el polvo como si fueran explosivas?

Vamos á la gruta, aunque todos huyen de ella á guarecerse de la tormenta. Nosotros nos acogemos á la gruta misma.

Cuando llegamos á esta, que dista trescientos ó cuatrocientos metros del extremo de la villa, comenzaba á caer una lluvia torrencial.

La verja de hierro que cruza la entrada estaba cerrada; no había más sitio en qué guarecerse que otra pequeña gruta exterior formada por un trozo saliente de la roca á un metro del suelo. Ese mismo refugio estaba ocupado por las únicas personas que

allí habían quedado: dos pobres aldeanos, hermano y hermana, que abrigaban bajo su paraguas á su madre octogenaria sentada en el suelo y recostada en la roca, y rezaban con ella el rosario.

Partieron, sin embargo, con nosotros su escondrijo que nos ofrecieron cariñosamente en su *patois*.

Allí, defendido por aquella piedra y en medio á una deshecha tormenta, miraba yo por primera vez la misteriosa gruta de Lourdes: un simple hueco socabado en una roca á distancia de veinte y cinco metros de río Gave; á cierta altura (cuatro ó cinco metros) del suelo, un agujero profundo en la piedra, en una de cuyas grietas brota un rosal; y en el fondo negro de aquel agujero, una imagen de la Virgen, la que tu conoces reproducida, la que conoce todo el mundo, blanca, esbelta, con la cabeza hacia arriba, con los manos juntas, con la cinta azul que ciñe su cintura y cuelga sobre la veste blanca, con el rosario en el brazo; con ese movimiento de éxtasis é imperceptible ascensión que es privilegio de esa estatua, solo de esa estatua dictada al arte por la inocencia de una aldeana, y que se conserva, por raro fenómeno, aún en las más toscas reproducciones.

¿Qué tiene esa figura? Es evidentemente original y de una sencillez pasmosa.

Ni en Murillo, ni en Rafael, ni en el Perugino, los grandes santos del color y de la luz y de la línea, se encuentra la genealogía artística del movimiento de esa figura, del juego de sus líneas, de su

transparencia. Es la línea escultural griega sumergida en el cielo para quitarle su soberana frialdad y hacerla capaz de la reproducción que en aquella es imposible.

Y esa estatua es original de la aldeana. El escultor Fabisch, para modelarla, seguía fielmente las indicaciones de aquella, copiaba la actitud en que se colocaba al querer describir la aparición; y, cuando creyendo el artista haber interpretado ó reflejado el ideal de la niña, presentó á ésta la obra, Bernardette exclamó al verla: « ¡Qué hermosa! Pero... no es *Ella*; oh, no! la diferencia es la misma que del cielo á la tierra. »

Se preguntaba á Bernardette á quién se parecía *la Señora*. A nadie. Se le presentaban cien matices de azul; ninguno coincidía con el azul del cinturón de la Virgen. Se le preguntó, por fin, qué edad tendría la Señora que había visto; y ella dió sin vacilar aquella contestación de belleza superior á las frases de los grandes genios « Pero Señor, *la Señora no tenía edad* ».

¡ Y sin embargo de un reflejo lejano de la visión de la aldeana ha salido esa figura nueva en el arte humano!

La tormenta « revolvía en el aire un océano » que borraba á mis ojos los montes, los árboles, el río, todo lo que no era aquella gruta, aquella forma blanca y extática que, inmóvil y sin alas, parecía sin embargo elevarse, ascender con la gruta, con nosotros, con el mundo.

Las paredes de la gruta conservan allí todo su carácter primitivo: son un hueco en la piedra pelada. Las tupidas enredaderas que tapizan la parte superior del cerro, terminan al llegar al hueco que ocupó un día la radiosa aparición que vió Bernardette y hoy ocupa su imagen; pero la piedra está en cambio cubierta de centenares de muletas y aparatos ortopédicos de otros tantos enfermos que allí han hallado la salud.

Además, en una grieta de la piedra desnuda, á la misma altura del pecho de la imagen, y al lado derecho de esta, brota el antiguo rosal, el rosal silvestre con ocho ó diez pequeñas flores, las únicas que por allí se ven, y que el viento movía blandamente en medio de la inmovilidad del cuadro misterioso que la tempestad me ofrecía como aislado del mundo.

En el suelo ardian centenares de cirios cuya luz agitaba el viento sin conseguir extinguirla, pero haciendo correr en chorros precipitados la cera fundida á lo largo del cirio que chisporroteaba al ser tocado por el agua de las gotas oblicuas que penetraban en la gruta y, rebotando en el suelo, salpicaban las luces.

Mi primera impresión fué la de siempre en casos análogos; no sé si es una impresión común: las percepciones nacen y huyen, se dispersan ó se mezclan, sin fundirse en un juicio ó en un afecto; no se siente más que silencio que ni siquiera es asombro. Es ese el momento de la sensación pura, sin resonancia allá dentro, en el cerebro, en el corazón.